



TODO LO HUMANO NOS IMPORTA  
SECRETARIA DE DERECHOS HUMANOS

Terrible

## **LOS NIÑOS ADICTOS QUE VENDEN PACO SON TAMBIÉN “NIÑOS ESCLAVO”**

**Julio Piumato**

**Junio 2017**

En la última reunión del Observatorio realizada el Día de los Derechos Humanos en la CGT (diciembre 2016, invitamos al Padre Charly, un joven religioso que trabaja en barrios marginales del Conurbano Bonaerense.

Allí el Padre Charly se centró en una de las más terribles formas de trabajo infantil: la distribución de paco, en condiciones de adicción.

Esta forma incluso puede ser considerada trabajo esclavo.

Recientemente nos habíamos ocupado de los "niños chajá" en Corrientes. Pero ahora una nota periodística ("El avance imparable de los vendedores de paco en el Conurbano", por Natalia Iocco, La Nación, 7 mayo 2017) se ha ocupado del tema, mostrando la situación que se presenta en Lomas de Zamora. Cuando en el barrio hablan de "los de La Vía", bajan la voz. No importa dónde estén. Nadie se anima a poner en palabras el terror de lo que hacen. Son los que coparon con la droga la zona de Villa Albertina, Villa Lamadrid e Ingeniero Budge, a unos cinco minutos de la feria de La Salada y de Puente La Noria, en Lomas de Zamora. Son el poder del narcotráfico, que manejan el negocio del paco, que contratan a los "soldaditos" y que cometen crímenes sangrientos que pegan cada vez más cerca de los vecinos que nada tienen que ver con la droga.

Hace poco más de un año en esta zona se formó un asentamiento al costado de la vía del ramal más peligroso del Conurbano, el del ferrocarril Roca que conecta Temperley con Haedo. La mayoría de los que

se instalaron ahí, entre las estaciones Turner y Kilómetro 34, lo hicieron para dedicarse a la venta de droga al menudeo. Fueron avanzando en un territorio caliente y coparon la zona usando “soldaditos” para ir ganando las calles.

Les dicen “Los Paraguayos” y son la cara de una organización que respondería a un líder “mayorista” que maneja a tres “capitanes” que se encargan de fraccionar la droga y de distribuirla en las “cocinas”.

Allí, los menores de edad y las mujeres arman los paquetes de paco y usan a consumidores para custodiar los alrededores. Son los “soldaditos” adictos.

Para esconderse de las miradas indiscretas los transas crearon su propia fortaleza: amurallaron un kilómetro y medio con paredes que en algunos puntos alcanzan los dos metros de alto y así controlan quién entra y quién sale. De un lado del muro, Villa Lamadrid y Villa Albertina; del otro, el asentamiento sobre un terraplén (entre la vía y un arroyo) y, abajo, el barrio Juan Manuel de Rosas. En algunos tramos las paredes son dobles, para que nadie pueda saltar sin caer en su trampa. En otros, el fondo de construcciones precarias. Las entradas están custodiadas por “soldaditos” y adentro las “cocinas” se camuflan entre las casillas.

“En enero, los vecinos empezaron a hacer el muro porque crecieron los robos y los pibes se escapaban para la vía, entonces se cansaron. Pero después nos

enteramos de que los transas ponían los materiales y la plata. Ahí nos dimos cuenta de que era para ellos, para que no se les metan otros a vender y poder controlar todo”, contó Clara, una vecina, a Clarín.

Las alternativas para cruzar de un lado a otro son las barreras de Quiroga o Epecuén. O un pasillo en la calle Tartagal. En todas las entradas al asentamiento están los “mirillas” que se encargan de vigilar. Se pasan el día en distintos puntos, en grupo, o dando vueltas en la moto, atentos a cualquier movimiento sospechoso.

“Si pasás por Tartagal, apenas te ven ya se hacen señas y te piden que te saques la gorra, te levantes la remera y las manos. Los que van a comprar droga tienen que mostrar la plata o no los dejan acercarse”, relató Alberto, otro vecino que hace 40 años vive en el barrio. Los adictos tienen que ingresar a este pasillo con los brazos en alto y exhibiendo el dinero que llevan para adquirir el paco. Hacen la transacción adentro y luego salen.

Alberto detalló: “Se creen que el barrio es de ellos, están desatados. Es un desfile de gente permanente yendo a comprar droga. Y si vas por ahí, sólo para ir al otro lado, la gente comenta y te acusan de andar en esa. Yo decidí no pasar nunca más; la última vez andaban con ametralladoras, parecía de película”.

El sistema está aceitado. Los “mirillas” también hacen delivery. Les pagan con paco y son adictos que “trabajan” para los transas con el único fin consumir. “Se paran ahí o están dando vueltas. Juntan grupitos que quieran comprar, agarran la plata y van a buscar la droga. No llega cualquiera a las cocinas o a los aguantaderos, entran los que trabajan para ellos”, describieron en el barrio.

La ausencia del Estado es total: la Policía sólo llega hasta la entrada; si la Municipalidad pone luminarias, las rompen. Y si los vecinos instalan reflectores o prenden las luces de las veredas, les tocan la puerta y los obligan a apagarlas. Lo hacen para moverse más cómodos en la oscuridad, sólo guiados por linternas que utilizan los “soldaditos” y los “mirillas” para comunicarse.

“Los allanamientos nunca llegan a donde están los narcos que manejan todo. Siempre agarran a los más pibes o a perejiles y no cambia nada”, reclaman en el barrio.

El miedo se ve. Los que lograron escapar del circuito narco y quienes intentaron denunciarlo tuvieron que huir del barrio. Otros, directamente, perdieron la vida.

Entre septiembre y noviembre del año pasado se encontraron aquí cuatro cadáveres, todos de jóvenes mutilados, torturados y acribillados. Sus cuerpos aparecieron en arroyos de la zona. Como el de Heber

Meza, de 29 años, hallado el 15 de noviembre en una bolsa de residuos. Los casos fueron señalados por las autoridades como “ajustes de cuentas” y nadie los investiga.

Las muertes le sirvieron a la banda para asustar a los vecinos e impartir terror entre sus “soldaditos”. La escalada de violencia quedó muy expuesta, pero eso no los detuvo sino que los obligó a mutar: ahora secuestran a los consumidores que quieren dejar de “trabajar” para ellos, que se quedan con algún vuelto de dinero o droga, o que se atreven a denunciarlos, y los mantienen sometidos.

“Se los llevan a la vía, los tienen en aguantaderos sin comer, drogándose. Si la familia los va a buscar, los vuelven a agarrar o los dejan salir una vez por semana hasta que se pierden por completo. Para seguir consumiendo continúan ‘trabajando’ para ellos. O los retienen así hasta que colapsan”, relatan espantados en las organizaciones barriales que trabajan en la zona y ven crecer la violencia.

“Las mamás nos llaman para que las ayudemos. Hace algunas semanas una mujer se enteró de que tenían a su hija en ‘La Vía’. Se metió como pudo. La Policía se negó a acompañarla y ni le tomaron la denuncia. La encontró desnuda, atada a una cama, inconsciente. La tuvo que internar y mudarse porque las amenazaron”, relató a Clarín una fuente.

Las víctimas de esta banda no son sólo los consumidores y los chicos que caen en sus redes. Los vecinos también quedan en medio de peleas territoriales.

El 21 de enero, en Terrada al 3600, de un auto se bajaron dos de “Los Paraguayos”. Uno de ellos llevaba una ametralladora. Empezaron a disparar contra un kiosco de otra banda del barrio. En esa disputa por el territorio una familia quedó en medio del fuego cruzado. Dos hombres y una mujer terminaron heridos; ella todavía está internada. También balearon a una nena de 14 años, que perdió un riñón por las heridas.

“No sé qué tiene que pasar para que alguien haga algo. Tenemos miedo y andamos aterrados, encerrando a nuestros hijos ¿Y nadie hace nada? Si todos los vemos y sabemos quiénes son... ¿Qué más tiene que pasar para que alguien los pare?”, se lamentó Jazmín, otra vecina. Y enseguida bajó la voz por miedo a que la escucharan.